

Nochebuena

Ya no están con nosotros
en esta Nochebuena.

Él tenía el alma luminosa,
el aire sereno de las estatuas,
la sonrisa fraterna,
hinchida la palabra.

Una ternura vasta y varonil
nos lo acercaba;
era sencillo y fuerte:
viga de la esperanza.

Desde la cumbre noble
de su vivir honrado
traían sus palabras un calor germinal
de campo arado.

Despertó con la reja las glebas soñolientas
de estos valles de Cuyo donde fue sembrador;
prolongó las acequias;
vivió lleno de sueños:
y al despertar murió.

Era un árbol en viaje hacia los cielos,
mi padre labrador.

Nadie tuvo como él un corazón de trigo;
nadie tuvo como él tan generoso ardor.

Ella, su compañera,
como la tarde y la paloma
y el alba florecida,
era de dulce
y de sencilla.

Parecía un hada
y era una madre de verdad.

En sus ojos azules
ardía
un resplandor de ausencia:
le dolía el recuerdo
de su lejana tierra.

Aún me amparan sus manos vigilantes:
la ternura esencial estaba en ella.
Ningún refugio habrá como su pecho,
ninguna sombra igual;
ningún amor más previsor que el suyo.
¡Ningún dolor como no verla más!

II

Vibraban en el cielo
los enjambres de estrellas;
del ancho campo un viento jubiloso venía,
mensajero de pájaros y de vendimias nuevas.

Era la noche entonces
una isla de paz,
isla de cielo joven sobre la tierra vieja:
era la eternidad.

Con el amparo de ellos
esta noche era buena.
Pero ya no tendremos Nochebuena
jamás...

¡Cómo se siente el duelo
del tiempo que se va!
¡Nos duele un día menos
por cada día más!

¡Quién pudiera volver a ser pájaro
volar por aquel cielo de la divina edad,
descansar bajo el árbol numeroso
de la Natividad.